



El oso gigante y la osa mayor

Hace muchísimos inviernos, siguiendo el curso del río Oswego, existía un poblado mohawk de casas largas fabricadas de corteza de árbol. Un buen día, los cazadores mohawk descubrieron las huellas de un oso realmente gigantesco. Y las vieron muchas otras veces; en ocasiones, las huellas circundaban por completo el poblado mohawk. Los animales desaparecieron del bosque y los mohawks comprendieron al momento que el gigantesco oso era el culpable. Sin duda los estaba exterminando o poniéndolos en fuga. La escasez de alimento trajo el hambre a los mohawk. Las despensas estaban vacías, y el pueblo, hambriento. La inanición se reflejaba en cada rostro. Uno de los jefes dijo: «Debemos matar al oso gigante, causa de todos nuestros males.» Inmediatamente una partida de guerreros abandonó el poblado en busca del oso. Pronto encontraron sus huellas sobre la nieve y siguieron aquel rastro durante varios días. Finalmente encontraron a la horrible bestia, y al momento todos los guerreros dispararon sus flechas. Pero cuál no sería su sorpresa y su consternación cuando vieron que las flechas se partían contra la gruesa y fuerte piel. Muchísimas flechas se rompieron y ninguna llegó a herir al oso. El oso, enfurecido, se volvió y cargó contra los cazadores, que intentaron huir. En aquella huida precipitada la fiera mató a muchos guerreros. Sólo dos cazadores consiguieron escapar y volver al poblado a contar el triste relato. Aquellos dos guerreros explicaron lo sucedido durante la celebración del Consejo del Gran Oso. Contaron el destino de aquella partida de caza. El triste final de los guerreros en el bosque. 34 Decidieron atacar de nuevo, y de grupo en grupo, los guerreros abandonaron el poblado con el mismo objetivo siempre: destruir al Gran Oso. Pero siempre fallaron. Se sucedieron las batallas y muchos guerreros no volvieron jamás de ellas. El tiempo fue pasando. Los venados huyeron de los bosques y las despensas se vaciaron por completo. El pueblo enflaquecía y se debilitaba terriblemente por la carencia de alimentos. Muchos cayeron enfermos. El pueblo, amedrentado, calentaba sus cuerpos hambrientos alrededor del fuego nocturno. Asustados por aquel oso enorme de garras gigantescas que cada noche merodeaba amenazador por los confines del poblado. Siempre con miedo a abandonar la aldea, pues de la espesura tenebrosa del bosque surgían los horribles rugidos del Gran Oso. Una noche, tres hermanos tuvieron cada uno un sueño extraño. Durante tres noches consecutivas tuvieron la misma visión. Soñaron que seguían la pista del Gran Oso y lo mataban. Así pues, cogieron

sus armas y provisiones y salieron tras el oso. Al poco tiempo dieron con las huellas de la fiera. Aumentaron el

ritmo de la marcha siguiendo aquel rastro con los arcos siempre preparados. Durante muchas lunas, siguieron las huellas del oso a través de la Tierra. Las huellas les condujeron al Fin del Mundo, al tiempo que veían cómo la bestia saltaba de la tierra firme a los cielos. Sin dudarle un instante, los tres cazadores dieron también el Gran Salto más allá de las nubes. Sin vacilación, los tres siguieron al oso por el blando tapiz del Cielo. Y allí, en el Cielo, pudo vérselos persiguiendo al oso durante aquellas largas noches de invierno. Moría ya el año cuando el oso se preparó para dormir el invierno. Los tres cazadores se acercaron entonces lo suficiente como para disparar sus flechas con seguridad de atravesar la gruesa piel. La lluvia de sangre provocada por tanta herida de flecha tornó rojas y amarillas las hojas del otoño. Pero el oso siempre encontraba la manera de escapar al asedio de los cazadores. Se hacía a veces invisible, aun después de herido; desaparecía para aparecer más tarde, lejos, fuera del alcance de sus perseguidores. Por eso cuando los iroqueses ven la Osa Mayor brillando en el Cielo, dicen: «Mirad, los tres cazadores aún persiguen al Gran Oso. La caza continúa.»